

Quince días

(Quinze Dias)

Vítor Martins

TRADUCCIÓN DE
MALU BARNUEVO

Kakao  books



Primera edición: Junio de 2023

Título original: *Quinze Dias*

Editorial original: Globo Alt

Editorial en inglés: Scholastic Press



Copyright © 2017 by Vitor Martins. All rights reserved. Published by arrangement with Scholastic Inc., 557 Broadway, NY 100012, USA and Ute Körner Literary Agent.

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2023

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Paola Garrido

Ilustración de postales: Igor Costa

Traducción: Malu Barnuevo

Correcciones: Diana Gutiérrez

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso en la UE.



El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez. El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-124926-8-2

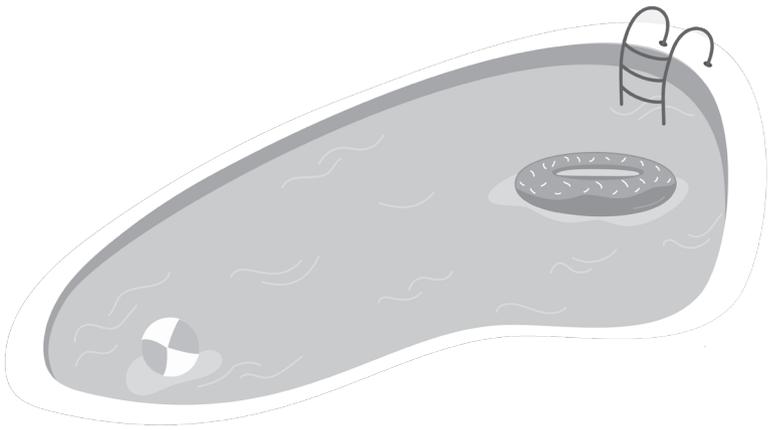
Depósito legal: B 7685-2023

Thema: YFM

IBIC: YFM



Para todo aquel que alguna vez
se metió en la piscina con camiseta.





SOY GORDO.

No soy «gordito» o «rellenito» o «regordete». Soy grande, ocupo espacio y la gente por la calle me mira raro. Sé que hay personas en el mundo con problemas mucho más importantes que los míos, pero no suelo pensar en el sufrimiento de los demás cuando yo estoy viviendo mi propio sufrimiento en el instituto. El bachillerato ha sido mi infierno particular los últimos dos años y medio.

A veces tengo la impresión de que la lista de insultos para la gente gorda es infinita. Claro que eso no quiere decir que esa lista sea creativa, pero me impresiona la cantidad de motes que consiguen inventarse los de clase, cuando sería mucho más fácil llamarme simplemente Felipe. Desde que

rompí una silla a principios de año en clase de geografía, la gente me canta por lo bajo *Wrecking Ball* cuando voy por el pasillo. Dos semanas después, otro alumno de mi clase también rompió una silla. Nadie le canta Miley Cyrus. ¿Sabes por qué? Porque está delgado.

Siempre fui gordo, y vivir durante diecisiete años en el mismo cuerpo me ha hecho un especialista a la hora de ignorar comentarios. No quiero decir que me haya acostumbrado. Nadie se acostumbra a que te recuerden diariamente que eres una bola de demolición. Pero me acostumbré a fingir que no va conmigo.

El año pasado, sin que nadie lo supiera, me compré una revista de adolescentes, de esas que vienen con un póster de alguna *boyband*. A mí me gustan las *boybands* (más de lo que soy capaz de admitir), pero lo que me hizo comprar la revista fue un pequeño titular en una esquina que decía: «¿Te sientes insegura con tu cuerpo? ¡Supéralo!».

Según la revista, si un adolescente con sobrepeso quiere molar y tener amigos, debe compensar su gordura. Básicamente, si eres muy gracioso, tienes mucho estilo o eres muy simpático, nadie va a darse cuenta de que estás gordo. Pasé un rato pensando en cómo lo compenso yo. Y no se me ocurrió nada.

Es decir, me considero un tipo gracioso. La gente en internet me adora (543 seguidores en Twitter y subiendo). Pero cuando se trata de socializar en la vida real soy un fracaso. Saco un cero en la prueba de simpatía. ¿Y mi estilo? Ja, ja. Mi estilo se podría definir como zapatillas de deporte, vaqueros y una camiseta gris razonablemente limpia. Es difícil tener ropa guay cuando usas una XXL.

Le eché un vistazo al resto de la revista, hice el test «¿Qué famoso sería tu BFF?» (me salió Taylor Swift), y después la tiré. No quería guardar en el cajón una prueba de que no tengo nada con lo que compensar lo de estar gordo.

Pero hoy todo va a ser diferente. Es el último día antes de las vacaciones de julio, y llevo esperándolo desde que comenzaron las clases. Las vacaciones de invierno aquí en Brasil duran veintidós días. Eso significa casi un mes sin bromas sobre gordos, motes o miradas desagradables.

Salto de la cama pronto para que no se me haga tarde y, cuando llego a la cocina, mi madre está despierta pintando un lienzo. Hace tres años que mi madre dejó su trabajo en una consultoría para convertirse en artista. Hace tres años que nuestra cocina no se parece a una cocina normal, porque está llena de lienzos, pintura y arcilla por todas partes.

—Buenos días, cariño —me dice con una sonrisa imposible para alguien que se ha levantado antes de las siete de la mañana.

Mi madre es muy guapa. De verdad. Tiene los ojos grandes, como si fuera un dibujo animado, una abundante melena siempre recogida en lo alto de la cabeza y un cuerpo delgado y esbelto. Lo que significa que, antes de abandonarnos cuando descubrió que yo iba a nacer, mi padre se ocupó de dejarme en herencia el gen de gordo. Gracias, papá.

—Buenos días. Tienes pintura en la barbilla. Pero te queda bien —replico con prisa mientras muerdo un sándwich de queso y busco mis llaves.

—Felipe, no sé si te lo dije, pero esta tarde...

—Ahora no puedo, mamá, llego tarde. Te llamo luego, ¿vale? ¡Adiós! —respondo cerrando la puerta tras de mí.

En realidad, nunca llego tarde, pero la ansiedad me hace pensar que cuanto antes llegue al instituto, antes podré largarme de allí. Lo que, desgraciadamente, no tiene ningún sentido.

Aprieto el botón del ascensor más veces de las necesarias mientras me termino el sándwich. Y cuando la puerta del ascensor se abre, ahí está él. Caio, el vecino del apartamento 57. Me trago el trozo de pan seco que tengo en la boca, me paso la mano por la barbilla para cerciorarme de que no tengo migas en la cara y entonces entro en el ascensor. Susurro un «buenos días», tan bajito que ni siquiera yo lo oigo. Él no responde. Lleva auriculares y está concentrado en un libro. Me pregunto si realmente escucha algo mientras lee o es de los que se ponen los auriculares para que no le molesten. Si la opción correcta es la segunda, entiendo perfectamente a Caio, el vecino del 57, porque yo siempre hago lo mismo. El ascensor tarda unos cuarenta segundos en ir desde el tercero, donde yo vivo, hasta el bajo. Cuando la puerta se abre, tengo la sensación de que han pasado cuarenta años. Me quedo quieto sin saber qué hacer, y Caio sale sin darse cuenta de que yo estaba allí. Espero en el descansillo tres minutos y después salgo del edificio.



El último día de clase se me hace eterno. Solo tengo que entregar un trabajo de Historia y hacer un examen de Filosofía. Y, aun así, cuando termino el examen antes que nadie, estoy desesperado por irme.

—¿Ya has terminado, bola de grasa? —Oigo que dice alguien cuando me levanto torpemente del minúsculo escritorio.

Dora, la profesora, coge mi hoja de respuestas y dice «que pases buenas vacaciones, Felipe» mirándome fijamente a los ojos. Es una mirada de pena que parece decir: «Sé que no aguantas más que tus compañeros se metan contigo, pero no te rindas. Eres fuerte. Y no hay ningún problema con que estés gordo. Sé que no es apropiado que yo te diga esto, porque soy tu profesora y tengo cincuenta y seis años, pero eres bien guapo».

O quizá no tengo ni idea de interpretar miradas y ella solo ha querido decir «que pases buenas vacaciones, Felipe».

Cuando salgo al pasillo veo a algunas compañeras despidiéndose unas de otras y (flipa) llorando. Como si las vacaciones no durasen solo veintidós días. Como si no viviésemos en una ciudad pequeña donde con sacar la cabeza por la ventana ya te encuentras a medio instituto caminando por la acera. Como si no existiese *internet*.

Si mi vida fuese un musical, ahora sería el momento en que cruzaría la puerta de salida del instituto cantando una canción sobre la libertad y la gente en la calle bailarían sincronizada una ensayadísima coreografía. Pero mi vida no es un musical. Cuando salgo por la puerta oigo a alguien que grita: «¡Bola de grasa!»; agacho la cabeza y sigo andando.



Mi casa está cerca del instituto. Son quince minutos andando, y me gusta hacer ese trayecto todos los días para tener algo que responder cuando el médico me pregunta si hago ejercicio regularmente.

El único problema es el sudor. Después de mis evidentes problemas de autoestima y mis adorables compañeros de clase, creo que el sudor es lo que más odio en la vida.

Llego a casa derritiéndome como un muñeco de cera y me encuentro a mi madre en el mismo lugar en el que estaba cuando me fui. Solo que ahora tiene más pintura por la ropa y el lienzo está casi terminado. Hoy ha pintado un montón de círculos azules (mi madre está en una fase azul estos últimos meses) que, mirados desde cierto ángulo, forman dos delfines besándose. O eso creo.

Además del desorden de siempre, hay unas ollas al fuego y la casa huele a comida. Comida de verdad, no las sobras del yakisoba que pedimos anoche. La idea de empezar las vacaciones con una comida de verdad me emociona.

—Hola, chicos, ¿qué tal en clase? —pregunta mi madre sin quitar los ojos del lienzo que está pintando.

—La última vez que conté solo tenías un hijo, mamá.

—Ah, pensé que llegaríais juntos. Tú y Caio, el del 57.

—Se acerca y me da un beso en la frente.

Estoy confundido, pero mi madre parece no darse cuenta, porque no dice nada más. Voy a mi habitación a llevar mi mochila y me doy un susto al ver todo ordenado. Mi madre ha cambiado las sábanas, organizado mi estantería y recogido todos los calcetines que tenía hechos una bola debajo de la cama.

—Mamá, ¿qué has hecho con mi cuarto? ¿¿¿Y mis calcetines??? —grito.

—¡En el cajón! ¡Imagínate qué vergüenza que llegue el hijo de la vecina y se encuentre once pares de calcetines tirados por el suelo! —exclama a su vez.

¿Once? Guau. Un número impresionante.

Vuelvo corriendo a la cocina para no tener que seguir gritando.

—¿Qué has dicho del hijo de la vecina?

—Ya te lo dije, ¿no te lo dije? Llega hoy. Se va a quedar quince días. Sus padres se van a una conferencia de pingüinos. O a una segunda luna de miel. Yo qué sé. Sandra me pidió que cuidara de él durante el viaje. Me dio un poco de reparo porque ya es mayor, pero no me cuesta nada, ¿no? Es buen chico.

Cuanto más habla mi madre, más alucinado estoy yo.

—¡No me lo habías dicho! ¡No puedo tener visitas! Menos aún en mis vacaciones. ¡Y menos todavía durante quince días! ¡Ya tengo planes!

—¿Internet y un maratón de series? Grandes planes, Felipe. Me conoce muy bien.

—Pero... pero... ¿no tiene parientes? ¿No se puede quedar solo? Además, su madre y tú no sois amigas. ¿Qué tipo de madre es esa que no confía en que su hijo se quede solo en casa, pero sí confía en una completa extraña?

—Amigüísimas no somos, es verdad. Nos saludamos cuando nos cruzamos en el descansillo. Y ella siempre me sujeta la puerta del ascensor. Antes, cuando Caio y tú jugabais en la piscina, hablábamos mucho. Qué época más buena. Pero bueno, que eso no viene al caso. ¡Ayúdame a recoger la cocina y poner la mesa, que ya debe de estar a punto de llegar!

Sigo sin moverme. No me lo creo. Tengo la cara sudada, estoy aterrorizado e inmóvil. Como si fuera un cuadro que mi madre hubiese pintado en un día poco inspirado.

«Pero bueno, chico, cálmate, ¡que es solo tu vecino!», debes de estar pensando tú ahora. A ver, creo que es hora de que te hable de Caio: El Vecino del 57.



Nuestro edificio tiene una zona común con una pista de tenis que nadie usa (porque, sinceramente, ¿quién juega al tenis?), una zona infantil que se cae a pedazos y una piscina ni grande ni pequeña que está siempre petada cuando hace calor.

Cuando era pequeño, aquella piscina era mi océano particular. Me pasaba horas nadando de una punta a otra y recreando escenas de *La sirenita* en mi imaginación. Y en esa piscina conocí a Caio. No me acuerdo exactamente del día ni de cómo empezamos a hablar. Éramos amigos de la piscina, y no recuerdo cómo era mi infancia antes de eso.

Cuando eres un niño gordo de ocho años, nadie te llama bola de grasa. La gente te encuentra mono, te pellizca la mejilla y te dice que te comería. De un modo cariñoso. Extraño pero cariñoso.

Así que, cuando tenía ocho años, no me daba vergüenza ir de un lado a otro en bañador y tirarme a la piscina salpicando a todo el mundo. Porque cuando tienes ocho años, todo vale. Y así fue como Caio y yo nos hicimos amigos. No fuimos nunca al mismo colegio. Caio estudia en una escuela privada al otro lado de la ciudad. Pero toda mi infancia, los días de sol y calor, sabía que solo tenía que bajar a la piscina y Caio estaría allí, listo para nadar conmigo. Los días de lluvia eran los peores.

Nunca hablábamos. Los niños no hablan cuando están en la piscina. Nosotros gritábamos, buceábamos y competíamos para ver quién aguantaba más tiempo bajo el agua. No nos daba tiempo a hablar porque en cualquier momento la madre de Caio podía sacar la cabeza por la ventana y gritar su nombre, decretando el fin de la diversión. Su madre siempre fue de esas, de las que gritan.

En medio de esa etapa de mucha diversión y poca conversación, hubo un día que nunca olvidaré. Debía de tener unos once años, y después de una tarde jugando al tiburón-que-ataca-el-barco-pirata (yo era el barco; Caio, el tiburón), le solté: «¿Quieres que juguemos a que somos sirenas?».

Ningún niño del edificio sabía que me encantaba jugar a ser una sirena. Era algo mío. Me daba miedo lo que los otros niños pudieran pensar si descubrían que cuando buceaba, en mi cabeza, yo era Ariel. Y allí, en lo más profundo, yo guardaba mi colección imaginaria de tenedores, espejitos y teteras.

Caio sonrió, cruzó las piernas como si fueran una cola y empezó a bucear. No preguntó cómo iba el juego. No dijo que solo jugaría si pudiera hacer de «sireno». Él simplemente se embarcó en mi fantasía tonta y nadamos cual sirenas hasta que empezó a oscurecer. Fue el mejor día de todos.

Después de eso, las cosas se volvieron borrosas. Conforme crecía, me daba cada vez más vergüenza estar en bañador delante de Caio.

No entendía muy bien lo que sentía, pero sé que con doce años empecé a meterme en la piscina con camiseta. Y a partir de los trece ya no me bañé más en la piscina.

A los trece años mi cuerpo empezó a cambiar, me empezaron a salir pelos por todas partes y comencé a tener ganas de besar a alguien en la boca. Y Caio fue ese primer alguien al que quise besar.

Era ridículo lo enamorado que estaba de Caio. Él era inalcanzable. Es como enamorarte del cantante de tu *boy-band* preferida. Lo único que puedes hacer es mirarlo desde lejos y soñar.

¿Entiendes ahora mi desesperación? Gordo, gay y enamorado de un chico que ni siquiera responde a mis «buenos días» en el ascensor. Podría salir todo mal. *Va* a salir todo mal. Y no tengo tiempo de pensar en un plan de fuga de emergencia porque el timbre ya suena. Y mi madre abre la puerta. Y yo, por supuesto, estoy sudando.

Esto va a empezar.